

» noticia de mi persona, valiéndome de
 » ajena mano para escribiros; pero como
 » no tenía aquí sujeto de quien poder
 » fiarme, me he aplicado noche y día á
 » aprender á leer y escribir; y Dios ha
 » querido hacerme la gracia de conse-
 » guirlo en cortísimo tiempo. Mis prime-
 » ras cartas se las confié á las criadas
 » que me asisten, para que os la dirigie-
 » ran, y tengo sobrados fundamentos
 » para sospechar que se las han remitido
 » á mi tía. Esta vez me he valido de una
 » colegiala, amiga mía, y os suplico me
 » respondáis, dirigiendo á ella la carta,
 » bajo del adjunto sobrescrito; pues mi
 » tía me ha prohibido toda correspon-
 » dencia fuera de casa, con el pretexto de
 » que esto perjudicaría, según ella dice,
 » á los altos pensamientos que tiene
 » acerca de mí. No tengo más vista que
 » la suya y la de un caballero anciano,
 » amigo de la tía, -el cual, según ella se
 » explica, me profesa mucha afición;

» pero, á decir la verdad, yo no le pro-
 » fesaría á él ninguna, aun cuando yo
 » fuese capaz de tenerla á alguno.

» Aunque vivo en medio de la opulen-
 » cia, no puedo disponer de un maravedí.
 » Dicen que el tener yo á mi disposición
 » oro y plata, me podría acarrear graves
 » consecuencias; y así en el centro de
 » las riquezas, estoy mucho más pobre
 » que cuando vivía en vuestra compañía,
 » porque nada tengo para poder dar á
 » otros. Mis mismos vestidos son más de
 » mis doncellas que míos, pues se los
 » disputan antes que yo los deje. Luego
 » que vi que las grandes habilidades que
 » me enseñaban, no me proporcionaban
 » la satisfacción de hacer el menor bien,
 » me apliqué á la aguja, cuyo uso me
 » habéis enseñado por dicha mía.

» Ahí os envió varios pares de medias
 » hechas por mi mano, para vos y para
 » mamá Margarita, un gorro para Domin-
 » go, y uno de mis pañuelos encarnados

» para María; y en el mismo paquete van
 » algunas semillas y pepitas de las frutas
 » de mis colaciones, con las simientes de
 » toda suerte de árboles, que en mis ratos
 » de recreación he podido recoger en el
 » jardín y bosque de este colegio; y al
 » mismo tiempo la grana de violetas,
 » margaritas, azucenas, coqulicos y es-
 » cabiosas, que he cogido en los campos.
 » En los prados de esta tierra hay flores
 » más bellas que en los nuestros, pero
 » aquí no se hace ningún aprecio de
 » ellas.

» Estoy segura de que así vos, como
 » mamá Margarita, recibiréis más gusto
 » con ese saquito de simientes, que con
 » aquel grande de pesos que ha sido la
 » causa de nuestra separación y de mis
 » lágrimas. Será para mí de la mayor
 » satisfacción, el que tengáis mañana ú
 » otro día la complacencia de ver á los
 » manzanos crecer al lado de los bananos,
 » y á las hayas entretejer sus ramas con

» las de los cocoteros. Así os parecerá
 » que estáis en la Normandía, que tanto
 » amáis.

» Me encargasteis al partir os escri-
 » biera mis satisfacciones y mis pesares.
 » Para mí no puede haber satisfacción ni
 » contento, ausente de vos; y por lo que
 » toca á mis penas, procuro dulcificarlas
 » acordándome que estoy donde vos me
 » habéis puesto por disposición de la
 » providencia. Pero lo que aquí más me
 » atormenta es que no oigo hablar de
 » vos, ni puedo hablar con nadie de cosa
 » vuestra; porque cuando procuro sacar
 » la conversación sobre unos objetos que
 » me son tan preciosos, me dicen mis
 » doncellas, ó por mejor decir, las de mi
 » tía, pues son más suyas que mías:
 » Señorita, acordaos de que sois fran-
 » cesa, y que debéis olvidar el país de
 » los salvajes. ¡ Ah, antes me olvidaré de
 » mí misma, que olvidar la tierra en que
 » nació, y donde vos vivís ! Este sí que es

» verdaderamente para mí país de sal-
 » vajes, porque vivo tan sola que ni aun
 » tengo una persona á quien poder mani-
 » festar el amor que invariablemente os
 » conservará hasta la sepultura, mi más
 » querida y adorada mamá,
 » Vuestra más sumisa y amante hija,

» VIRGINIA DE LA TOUR. »

P. D. « Recomiendo á la bondad de
 » vuestro corazón á María y Domingo,
 » que se han esmerado tanto en cuidar
 » de mi niñez : y haced por mí cuatro
 » caricias á Leal, que me encontró en el
 » bosque. »

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese mención de él en toda la carta; pero sin duda no sabía que por larga que sea la carta de una mujer, jamás pone la cosa que más tiene en la idea sino al fin. En efecto, después de la primera post-

data, hablaba á parte de Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y dónde debían sembrarse. Acerca de lo cual hacía unas comparaciones muy análogas á la situación de entrambos, con respecto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Quería que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parajes ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habían hablado la última vez; mandándole, que en memoria suya le pusiese el nombre de Peñasco de la Despedida.

La carta de esta sensible y virtuosa joven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habían

perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo la escribió una carta muy larga en que la prometía hacer todo lo que le prevenía; y al mismo tiempo la enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. La ofrecía hermosear el jardín, y entreverar las plantas de la Europa con las del África, « agregándoles, decía él, » alguna otra semilla de esta isla, para » que el deseo de volver á ver sus frutos, » te estimule á dar prontamente la » vuelta. » Finalmente, concluía la carta suplicándole condescendiese cuanto antes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podría tener en adelante ningún gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecían tener alguna analogía con el

carácter y situación de Virginia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó más bien que el clima de esta parte del África no fuese favorable á su vegetación, salieron muy pocas, y aun éstas no llegaron á punto de madurez.

